

Giarracca, Norma; Teubal, Miguel. **Democracia y neoliberalismo en el campo argentino. Una convivencia difícil.** *En publicación: La construcción de la democracia en el campo latinoamericano.* de Grammont, Hubert C.. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. Marzo 2006. ISBN: 987-1183-38-0

Disponible en la World Wide Web:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/gram/C02GiarraccaTeubal.pdf>

www.clacso.org

RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

biblioteca@clacso.edu.ar

NORMA GIARRACCA* Y MIGUEL TEUBAL**

DEMOCRACIA Y NEOLIBERALISMO EN EL CAMPO ARGENTINO UNA CONVIVENCIA DIFÍCIL

INTRODUCCIÓN

Para pensar los procesos democratizadores en el campo latinoamericano se requiere poner en claro el sentido que le queremos dar a la idea. Y esto es así porque existe una vieja concepción derivada de las teorías de la modernización que da por supuesto que la democracia es un proceso que acompaña al desarrollo del capitalismo y, por lo tanto, al progreso técnico –desarrollo de las fuerzas productivas– y a una sola manera de producir (en determinado contexto histórico), así como sus consiguientes modos de distribuir y consumir, ordenados por el mercado. En tal escenario, se presume que las producciones agrarias latinoamericanas y sus mundos sociales, que sufrieron fuertes atrasos en relación con otros sectores económicos en la introducción tecnológica y en la producción para el mercado (o sea, en su

* Master en Sociología, Profesora Titular de Sociología Rural e Investigadora y Coordinadora del Grupo de Estudios Rurales, Instituto Gino Germani, Universidad de Buenos Aires.

** PhD en Economía Agraria. Investigador Superior del CONICET en la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

“modernización”), serían más vulnerables a sufrir retrasos en sus procesos de democratización; y como consecuencia, a permanecer bajo la influencia de fuerzas políticas tales como el caudillismo, los compadrazgos, etcétera.

Otra versión de la misma idea sostiene que mientras los mundos urbanos, ligados a la industrialización, fueron más propensos a encontrar formas democráticas de convivencia, jerarquizando relaciones secularizadas basadas en la meritocracia que asigna recursos con criterios *racionales*, los mundos agrarios permanecen en las típicas dimensiones de las comunidades, regidos por pautas *tradicionales* contrarias a las *libertades democráticas*. Como consecuencia de todas estas ideas, los procesos de industrialización asociados indefectiblemente a la modernización habrían de conducir a las sociedades contemporáneas hacia procesos democratizadores cada vez más acabados, inclusive en el dominio de lo agrario y rural.

Todos estos planteos se sostuvieron firmemente durante gran parte del siglo XX, cuando la modernidad tardía aun desplegaba los últimos estertores de una arquitectura social que nos había incluido como parte de un occidente subdesarrollado. En los finales del siglo, con los dramáticos procesos dictatoriales de los setenta en casi toda Latinoamérica, los ochenta como la *década perdida* en lo económico pero con despliegues de incipientes procesos de democracias formales, y con la última década neoliberal y sus ajustes estructurales extremos a lo largo y ancho del continente, tales paradigmas son radicalmente cuestionados. En los noventa, el capitalismo mostró nuevamente la dimensión expropiatoria que le dio origen, y pretendió sostener esta fase de su desarrollo con políticas neoliberales enmarcadas en democracias plagadas de casos de corrupción asociados a los mega-negocios transnacionales. Cuando se abandonó la intención política de generar hegemonía con programas de inclusión, la resignación fue la única propuesta frente a un futuro que *podía ser peor* (el TINA thatcheriano: *no hay alternativa*). Como sostiene Sousa Santos (2000), los otrora *progresistas* se convierten en conservadores: mantener el presente es lo mejor que puede ocurrir frente a un futuro *sin progreso*. Una espera sin esperanza.

Pero en los finales de la década, cuando las tensiones dentro del modelo neoliberal comienzan a mostrarse, a hacerse visibles, como suele suceder en los momentos de crisis, América Latina irrumpe configurando nuevos escenarios imbricados con los que se construyen las protestas antiglobalización o *altermundo*. El nuevo siglo nos encuen-

tra en esta transición, en estos momentos de pasajes en los que, por ejemplo en América Latina, los movimientos indígenas de Ecuador y Bolivia, el movimiento zapatista de México, los piqueteros (desocupados) argentinos que forman alianza con los campesinos, o el movimiento de los Sin Tierra en Brasil son –por dar sólo algunos ejemplos– los actores políticos que mayor visibilidad pública han logrado y que luchan por demostrar la construcción de *otro mundo posible*; es decir, una transformación democratizadora.

Por eso nos interrogamos: ¿se puede seguir pensando la democracia y los procesos democratizadores como hace cincuenta años? ¿Podemos sostener las mismas categorías dicotomizadoras de campo-ciudad, progreso-atraso, etc., de las teorías de la modernización?

¿O por el contrario, se trata de buscar nuevos sentidos para el concepto democracia, y bucear, desde las nuevas experiencias que surgieron como rebeldía a un modelo autoritario, los componentes que integran estos nuevos campos de experimentación? Dentro de este espacio encontramos movimientos sociales tales como los de derechos humanos en todo el continente, mujeres, ecologistas, indígenas y campesinos, desocupados y ocupados –esta nueva categoría que, en nuestro país, se llama *piqueteros*– pero también hallamos experiencias de producción, redes de comercialización al margen del mercado, consumos justos y solidarios, medios de comunicación (*Indymedia*, por ejemplo), nuevas instituciones educativas o científicas que cuestionan los viejos paradigmas, etcétera. Es decir, un campo de experimentación democrática que resignifica el concepto mismo y deja abierta la potencial creatividad de la acción humana.

En este trabajo nos proponemos demostrar que estas tensiones de *control social/democratización* se manifiestan en todos los dominios sociales y no sólo en las arenas donde se juegan las decisiones políticas. Con el ejemplo de lo que ocurre en la agricultura argentina se muestran, por un lado, los componentes autoritarios del modelo productivista agrícola; y por otro, las posibilidades de algunas experiencias de resistencias e iniciativas en los niveles de la producción, distribución y consumo.

Desde las acciones de las poblaciones afectadas se ponen de manifiesto las tremendas irracionalidades de una política que ha conducido al país a una transformación conservadora, concentradora de riqueza y de un empobrecimiento nunca antes conocido. Esto se logró con un manejo institucional que condujo al vaciamiento de los mecanismos de la democracia representativa y a la pérdida de

todas las posibilidades que, en los comienzos de los ochenta, parecían poder desarrollarse.

Antes de desarrollar el caso argentino queremos enmarcarlo en un contexto más global, y mostrar que no es sólo la agricultura argentina la que viabilizó fuertes retrocesos en las condiciones de posibilidad de una democracia, sino que ha sido un proceso iniciado y desarrollado en occidente.

EL MODELO AGROALIMENTARIO IMPLANTADO A ESCALA MUNDIAL

Vivimos en un mundo crecientemente globalizado. En décadas recientes, tanto en nuestro país como en otros fueron introducidas pautas, políticas y mecanismos vinculados con la producción agropecuaria y agroindustrial que tienen mucho que ver con el denominado modelo agroalimentario difundido masivamente a escala mundial. Como consecuencia, conviene que analicemos algunos de los elementos esenciales de este modelo, para luego tratar de vislumbrar su incidencia sobre el medio local. Nuestro punto de partida es el análisis de algunas cuestiones relacionadas con las características que asume este modelo que se expande mundialmente y sus vínculos con la problemática de la democracia. Estas reflexiones sobre las tendencias que operan a nivel mundial nos habilitan para pensar, luego, lo ocurrido en la Argentina en la década de 1990.

No cabe duda de que el nuevo modelo agroalimentario que se expande a escala mundial tiene mucho que ver con la hegemonía creciente de la agroindustria; o mejor dicho, el *agribusiness*, o sea, las grandes empresas transnacionales agroalimentarias en diversos ámbitos rurales y agropecuarios del mundo. El paradigma del modelo agroalimentario impulsado por estas transnacionales y por organismos internacionales se basa fundamentalmente en el modelo agrario estadounidense, en donde se originó la *agricultura industrial* que según algunos autores ha hecho estragos en todas partes, inclusive en EE.UU., y que se contrapone al modelo de la agricultura familiar.

Como lo señala Vallianatos, “el modelo agropecuario [de EE.UU.], que es el ícono de la agricultura industrial en el mundo, se ha transformado en una fábrica mecanizada gigante, que en el último siglo ha atravesado a la ruralidad norteamericana minándola y ‘canibalizándola’ y dejando detrás de sí una tierra desolada, comunidades que se desintegran y una población temerosa” (Vallianatos, 2001: 48, la traducción es nuestra).

La importancia de la pequeña explotación familiar y campesina como elemento condicionante del proceso democratizador ha sido considerada con frecuencia (Moore, 1976; Meiksins Wood, 1988; Vallianatos, 2003). En efecto, son diversas las interpretaciones que señalan que en sus orígenes mismos, la democracia griega, y en particular la ateniense, se basaba en la persistencia de un importante estrato de campesinos que trabajaban su tierra conjuntamente con otros trabajadores artesanos. Si bien también la esclavitud era una característica de la época, la diferencia específica del caso ateniense se debía fundamentalmente al campesinado y a los demás estratos que constituían los ciudadanos trabajadores por excelencia (Meiksins Wood, 1988)¹.

También en EE.UU. se consideró que la difusión de la explotación familiar sentó las bases económicas de las libertades y de las instituciones democráticas del país. Evidentemente, el modelo de *agricultura industrial* que pasó por diversas etapas y que tuvo una difusión creciente y masiva en este siglo se contraponen al tradicional modelo asentado en los *farmers*. Diversos autores (Strange, 1988; Vallianatos, 2003) señalan el embate en contra del proceso democratizador que significó en EE.UU. el auge de la agricultura industrial en contraposición al modelo de agricultura familiar corporizada en la pequeña explotación familiar².

1 Vallianatos (2003) también señala la importancia que tenían los campesinos como basamento del surgimiento de la democracia en la antigua Grecia de sus antepasados. Hijo él mismo de un pequeño productor del pueblo montañoso de Valsamata, en la isla griega de Kephallonia, recuerda la vida y la alegría de vivir que tenían sus familiares y su comunidad de antaño. Según este autor, ahora todo ha cambiado: prevalece la agroindustria y se han vaciado las comunidades.

2 Walter Goldschmidt, antropólogo del Departamento de Agricultura de EE.UU. (USDA) en los años '40, formuló una comparación entre dos comunidades rurales del estado de California con características climáticas y de fertilidad semejantes pero que se diferenciaban básicamente por el tamaño promedio de sus explotaciones. En Arvin, el tamaño promedio de la explotación agropecuaria era de 500 acres; en cambio, en Dinuba, localizada en una región cercana a Arvin, las explotaciones tenían en promedio 53 acres. Las explotaciones de más de 160 acres cubrían el 91% de la tierra en Arvin, pero sólo el 25% en Dinuba. Menos de un tercio de la población activa en Dinuba eran trabajadores rurales, mientras que en Arvin dos tercios de dicha población lo eran. Las diferencias entre ambas comunidades no podían ser mayores. "Tres cuartas partes de los *farmers* de Dinuba eran propietarios de sus tierras. Se trataba de una economía vigorosa y democrática. Una comunidad que tenía buenas escuelas tanto primarias como secundarias. Los maestros vivían en la localidad contribuyendo ampliamente a la cultura comunitaria. Los residentes de Dinuba eran, en general, de clase media, tenían buenos ingresos y un interés intenso en su comunidad. En el pueblo había tres parques públicos y dos periódicos. El pueblo disponía de buenos servicios sanitarios, calles

La conquista del oeste en el siglo XIX se produjo en el marco de la difusión del *arado, el hacha y el ganado*, siendo la base de sustentación de un posterior proceso de mecanización. También se produjo a costa de la deforestación, el deterioro ambiental, el sobre-pastoreo y la eliminación de cuajo de las comunidades indígenas originarias. Pero el cambio más importante se produjo a partir de la introducción y la difusión masiva del maíz híbrido, que tuvo un auge espectacular entre 1930 y 1965. Este, que rápidamente sustituyó al maíz de polinización abierta, permitió al *farmer* intensificar la mecanización de su campo, ya que las plantas de maíz híbrido eran esencialmente idénticas y, por tanto, permitían una fácil cosecha mecánica. En 1935 sólo el 15% de los productores de maíz en el estado de Iowa poseía cosechadoras mecánicas. En 1945, ya el 70% utilizaba cosechadoras. Los híbridos también permitieron una mayor fertilización. Entre 1950 y 1980 la cantidad de semillas híbridas utilizadas por superficie se duplicaba año tras año. Las ventas de semillas híbridas aumentó 60%, y el tonelaje de venta de fertilizantes nitrogenados se multiplicó por 17. La producción de plantas muy cercanas unas a otras con abundantes fertilizantes también contribuyó al aumento de yuyos, insectos y enfermedades, lo cual hizo que ese maíz dependiera cada vez más de los nuevos pesticidas.

Estos procesos se encadenaron con el auge de la industria química y la producción de potentes venenos y agrotóxicos. El Paratión y otros agrotóxicos mataban insectos y plantas, pero también pájaros y toda fauna y flora útiles. Uno de los agrotóxicos más importantes fue el DDT, sucedido por el 2,4-D. La lucha contra los rastrojos, sin embargo, contribuyó al surgimiento de insectos resistentes a los nue-

asfaltadas y buena iluminación. Diecinueve por ciento de los residentes eran californianos nativos, 22% inmigrantes de los *Dust Bowls*. La media de residencia de los habitantes de Dinuba era de entre 15 y 20 años". En definitiva, "la prosperidad de Dinuba se debía a sus pequeñas explotaciones" (Vallianatos, 2003: 41). La situación de Dinuba contrastaba con la de Arvin. Aquí sólo el 35% de los *farmers* eran propietarios. El 4% eran nativos de California. El 63% eran inmigrantes de la era de los *Dust Bowls* con menos de cinco años de residencia en el pueblo. Ganaban poco, no tenían mucho interés en su comunidad. Los gerentes de las grandes explotaciones eran ausentistas. Hasta los maestros del pueblo lo encontraban triste, la mayoría prefería vivir a 30 km, en Bakersfield, y viajar todos los días. Tanto las escuelas como las iglesias y la economía de Arvin estaban empobrecidas. Al pueblo le faltaba una escuela secundaria. Faltaban calles asfaltadas, iluminación y veredas para caminar. No tenía adecuadas facilidades sanitarias y de agua. El pueblo tampoco tenía un liderazgo político y administrativo propio. Por todas estas razones, Goldschmidt consideraba a Arvin "más una aglomeración de casas que una comunidad" (citado por Vallianatos, 2003: 41).

vos agrotóxicos, los *superbugs* (los bichos gigantes). En la actualidad existen más de 540 tipos de estos *bichos* que comen grandes cantidades de la cosecha y que son prácticamente indestructibles.

En el Tercer Mundo los campesinos que utilizan grandes cantidades de pesticidas pierden hasta la mitad de los alimentos que producen por pestes que no pueden ser controladas por ellos. En EE.UU. las pérdidas por la difusión de nuevas pestes ha ido en aumento, ascendiendo a 77 mil millones de dólares en 1974. El surgimiento de nuevos gases tóxicos, la utilización de los híbridos y el uso del DDT y otros agrotóxicos son característicos del nuevo modelo agroindustrial impulsado en el mundo, potenciados en la actualidad por los nuevos organismos genéticamente modificados.

Fue así como la agricultura industrial condujo no sólo al aumento de la mecanización y a la utilización de tractores cada vez más potentes, sino también a la utilización creciente de los agroquímicos, los cuales aumentaron los costos sociales de producción agropecuaria. Vallianatos sostiene que “los costos de esta industrialización agraria han sido muy altos. La acumulación de maquinaria poderosa hace que algunos *farmers* sean grandes y poderosos, capaces de explotar vastos territorios. Tienden a colonizar a los pueblos rurales vaciando al campo de la pequeña explotación. O sea, el surgimiento de un estrato de grandes productores que se adueña de la mayor parte de la tierra, adquiriendo un excesivo poder, es lo que tiende a ser perjudicial para la democracia política. Esta se basa en la persistencia de una democracia económica, es decir, un contexto en el cual a muchas pequeñas explotaciones familiares les va bien, adquiriendo un compromiso no sólo con la tierra sino también con el gobierno constitucional” (Vallianatos, 2001: 49).

La concentración de la tierra y de los recursos naturales, inclusive debido a los subsidios gubernamentales y a factores tales como la provisión privilegiada de agua para irrigación a los productores más grandes por parte del gobierno, significó otorgar “a estos grandes productores privilegios antidemocráticos”, ya que en última instancia “les permitieron echar a los pequeños productores familiares de la agricultura; lo cual constituye una tragedia y una falla de la democracia” (Vallianatos, 2001: 49).

Las cifras que denotan la desaparición de los *farmers* familiares en EE.UU. son contundentes. En la década de 1920 el éxodo agrario afectaba a 600 mil *farmers* por año, un proceso que se intensificó entre 1940 y 1960 cuando más de un millón de *farmers* dijeron adiós a la América rural. En 1940 la población agraria de EE.UU. alcanzaba a 30,5 millones

de personas. Hacia 1960 había descendido a 15,6 millones, y en 1970 no superaba los 10 millones. El racismo también tuvo que ver con este proceso. De los 926 mil productores negros que había en 1920, en 1974 sólo quedaban 46 mil. “Se trataba de una calamidad que en 54 años deshizo todo lo que los antiguos esclavos habían ganado después de siglos de servidumbre” (Vallianatos, 2003: 49, la traducción es nuestra).

La desaparición de los *farmers* familiares se extendió hasta décadas recientes. Hacia 1979 eran 6 millones en todo EE.UU. En los años ochenta continuó el éxodo ante la desintegración de las comunidades en los estados del Farm Belt, en donde los servicios sociales y las instituciones tienden a colapsar. En 1990, 100 mil *farmers* por año dejaron el campo. “La vida de la Norteamérica Rural se cae. En lugar de comunidades rurales florecientes encontramos gente pobre, organizaciones sociales decadentes, ghettos rurales con los *farmers* viviendo de la asistencia pública, las calles principales pobladas de *dealers*, *brokers* y *agentes*. Los *farmers* ya no producen alimentos, producen *commodities* que compran una pocas grandes corporaciones agroindustriales con enorme poder” (Vallianatos, 2003: 50).

Un análisis de la distribución de la tierra y de aspectos vinculados con los subsidios estatales denota una creciente regresividad en el reparto de los recursos. Hacia fines de 1980, los principales beneficiarios de los favores y subsidios federales y estatales eran los grandes productores agropecuarios y las compañías agroindustriales gigantes, en detrimento de los medianos y pequeños productores familiares. Se considera que los subsidios a favor de los grandes productores y compañías contribuyeron significativamente a la exclusión social de los productores familiares, lo cual, a su vez, representa una falla de la democracia.

La agricultura industrial continúa deteriorando el medio ambiente y no sólo en el medio rural. Los agrotóxicos han generado un cataclismo con efectos destructivos inusitados: constituyen la metáfora de lo que la agricultura industrial le está haciendo tanto a la naturaleza como al mundo rural en general. La utilización de maquinaria agrícola gigante, la aplicación descontrolada de pesticidas y agrotóxicos, y la difusión de fábricas ganaderas, se expanden como si los *Dust Bowls*, las grandes tormentas de polvo y tierra de las décadas de 1930, 1950 y 1970, nunca hubiesen ocurrido³. La enfermedad de la

3 Durante esas décadas, la utilización de estos insumos, el sobrepastoreo y la erosión del suelo generaron una serie de tormentas de polvo que trajeron consecuencias muy graves al medio ambiente.

Vaca Loca y la ingeniería genética constituyen elementos clave de la culminación de todo este proceso. Una de las conclusiones de Vallianatos afirma que “la enfermedad de la Vaca Loca es sólo un síntoma de una enfermedad sistémica de la agricultura industrial. Se trata de un sistema agropecuario global que está fuera de control”. Es un sistema “que encomia al comercio (exterior) [...] El comercio significa que los productores occidentales subsidiados puedan continuar haciendo *dumping* en los trópicos con sus granos y productos alimentarios manufacturados excedentarios. Este *dumping* favorece a pocas personas urbanas con dinero, pero hace irreparable daño a los campesinos que tratan de ganarse la vida con el cultivo de sus cosechas tradicionales” (Vallianatos, 2003: 52).

En esta misma dirección se orienta la ingeniería genética que tiende a generar desarreglos a partir de los orígenes mismos de la semilla.

CAMBIOS EN EL SISTEMA AGROALIMENTARIO EN ARGENTINA: LA TRANSFORMACIÓN CONSERVADORA

Con algunas diferencias, por supuesto, estos procesos se replican en el medio rural y agroindustrial argentino. Si bien en sus orígenes la agricultura familiar en nuestro país no tuvo tanta injerencia como en EE.UU., donde fue desarrollada en el marco del movimiento *homestead* de mediados y fines del siglo XIX, en nuestro medio la agricultura familiar basada en un sistema de arrendamientos tuvo cierta importancia⁴. Sin embargo, en los últimos decenios del siglo XX, en particular con la introducción de la soja, se acentúan todos los elementos del modelo de la agricultura industrial caracterizados en el acápite anterior.

En la década de 1990 se adoptaron, tanto a nivel de la economía en su globalidad como del sector agropecuario, una serie de medidas que habrían de significar cambios importantes en el funcionamiento del sistema agroalimentario, entendiendo por este a la serie de actividades involucradas en la producción agropecuaria, el procesamiento industrial, la comercialización y distribución final de alimentos.

Tales transformaciones tuvieron que ver fundamentalmente con: políticas macroeconómicas globales que aplicaron sucesivos gobiernos, particularmente los *ajustes estructurales* (privatizaciones, desregulaciones y apertura al exterior) enmarcadas en el Plan de

⁴ Para un análisis de la ocupación territorial en nuestro país comparada con la de otros países de la denominada *periferia próspera*, ver Arceo (2003).

Convertibilidad de 1991; y políticas sectoriales con influencia sobre el sector agropecuario, así como también sobre los demás sectores que integran el sistema agroalimentario (procesamiento industrial y distribución final de alimentos, provisión de semillas e insumos agropecuarios, etcétera).

Entre las políticas más notables dirigidas al sector se encuentra el Decreto de Desregulación de noviembre de 1991. Si bien se trata de una disposición que incluye medidas desregulatorias que afectaron a una amplia gama de actividades, aquellas referidas tanto al sector agropecuario como a la comercialización y distribución final de productos de origen agropecuario ocupan en él un lugar destacado. A partir de este decreto, entre otras medidas de desregulación, quedaron eliminadas de cuajo todas las entidades reguladoras de la producción agropecuaria que habían sido creadas desde 1930: la Junta Nacional de Granos, la Junta Nacional de Carnes, la Dirección Nacional del Azúcar. A partir de entonces, el sector agropecuario argentino emerge como uno de los más desregulados del mundo; pero, por ello mismo, más que ningún otro, se encuentra sujeto a los vaivenes de la economía mundial. Asimismo, con este conjunto de medidas –ajustes estructurales y decretos desregulatorios– cuyo objetivo manifiesto era *lograr una mayor integración a la economía mundial*, se produce una mayor variabilidad de la actividad agropecuaria debido a la variabilidad de los precios de su producción y de sus insumos, y del acceso al crédito; factores estos que inciden sobre la rentabilidad general de la actividad y las condiciones de vida de los grupos mayoritarios que integran el sector, o sea, los medianos y pequeños productores y trabajadores rurales.

Estas políticas a que hacemos referencia incidieron en la incorporación de una serie de transformaciones tecnológicas y organizativas, así como en las relaciones de poder que operan internamente en diferentes sectores y complejos del sistema agroalimentario. Se trata de un conjunto de políticas que abrió el campo a la difusión local de una serie de procesos de globalización en nuestro medio, los cuales significaron, en lo esencial, la adopción de pautas y medidas que habrían de impulsar, más que en otros períodos anteriores, la instauración en el país del modelo de *agricultura industrial* aludido en el acápite anterior.

A partir de las privatizaciones, las desregulaciones y la apertura al exterior de la economía argentina introducidas en los años noventa, grandes empresas agroindustriales y supermercados transnacionales o transnacionalizados adquieren preeminencia en el ámbito del

Sistema Agroalimentario Argentino. Se acrecienta el uso de nuevos insumos y tecnologías desarrollados o impulsados por esas grandes empresas. Asimismo, se intensifica la concentración, extranjerización e integración vertical al interior de los complejos que integran el sistema agroalimentario de nuestro país, redefiniéndose las características y la naturaleza de las relaciones de poder al interior del mismo, así como su perfil tecnológico. Con el aumento de la integración vertical, crecen la agricultura de contrato y otras formas de articulación agro-industrial, adquiriendo mayor poder las grandes empresas extra-agrarias con respecto a los medianos y pequeños productores agropecuarios y campesinos, quienes tendieron a perder significativamente su autonomía de decisión y/o fueron expulsados masivamente del sector, tal como lo demuestran los datos provisorios del reciente Censo Nacional Agropecuario (CNA).

En la década de 1990 aumentó la producción global agropecuaria en la Argentina. Tuvo un protagonismo importante en este proceso el auge de la soja, y a partir de 1996 la soja RR, o sea, aquella basada en semillas transgénicas.

Hacia 1970 se introdujeron nuevas variedades de cereales y oleaginosas en la zona pampeana, y los cultivos *de segunda* en combinación con el trigo. Comienza el auge fenomenal de la producción sojera que, conjuntamente con la introducción del “germoplasma mexicano” en el trigo, permite el desarrollo del doble cultivo trigo-soja, que rápidamente se difunde en la región pampeana, y muy especialmente en la región maicera típica. Se produce una parcial sustitución del maíz y del sorgo, así como de actividades ganaderas, que participan con estos cultivos en sistemas de explotación mixta (ver Obschatko y Piñeiro, 1986: 11).

Tal fue la base de sustentación de la nueva *agriculturización* del campo argentino, basada profusamente en la soja y el paquete tecnológico que habría de acompañarla. Se trataba de la aplicación tardía en nuestro país de algunos rasgos de la *revolución verde*.

Hacia mediados de la década de los noventa, se da un nuevo salto tecnológico en el agro argentino. En 1996 comienza la implantación de la semilla transgénica de la soja RR que se combina con la denominada *siembra directa* y la utilización del *glifosato*, el agroquímico exclusivo aplicable a aquella implantación. La producción sojera se expande a lo largo y ancho del país. Se trata de una producción que tiene dos consecuencias importantes para el perfil del agro argentino: en primer lugar, contribuye significativamente a la desaparición de una serie de explotaciones agropecuarias; y, en segundo lugar, se trata

de una producción orientada casi exclusivamente hacia la exportación que sustituye en gran medida la producción de alimentos básicos orientados hacia la demanda del sector interno.

Se trata de una producción que no sólo se expande a costa de las tradicionales producciones agrícola-ganaderas de Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires. También en el interior sustituye a los tradicionales cultivos industriales. En todas partes “se están reemplazando otros cultivos y sistemas productivos, y si esto se pudiera cambiar al año siguiente no sería un problema, pero lo que está sucediendo es que se están levantando montes enteros, frutales, tambos, para la siembra de soja y se está eliminando la diversidad productiva” (Pengue citado por Backwell y Stefanoni, 2002: 31).

¿Cuáles son algunas de las consecuencias de estos procesos de intensificación del modelo de agricultura industrial en nuestro país? El último Censo Nacional Agropecuario de 2002 registra 318 mil explotaciones agropecuarias en el país, que ocupan una superficie de 171 millones de hectáreas. En comparación con los valores del censo anterior muestra una disminución de 24,5% en el número de explotaciones (en 1988 eran 378 mil) y otra de 3,4% en la superficie incorporada a las explotaciones agropecuarias (en 1988 estas ocupaban 177 millones de hectáreas). Asimismo, aumentó 28% el tamaño promedio de las explotaciones agropecuarias para alcanzar 538 hectáreas, lo cual refleja la desaparición de las más pequeñas explotaciones. Cabe destacar que el tamaño promedio de las explotaciones agropecuarias en Argentina es mucho mayor que el que se registra en EE.UU., Europa u otras partes del mundo. Una encuesta privada realizada en casi toda la región pampeana registró la reducción de la cantidad de explotaciones en 31% en el período 1992-1977. Según Giberti (2001: 128), “tan acelerado ritmo no se observa ni remotamente, por ejemplo, en EE.UU. o Europa”, reflejando el sesgo netamente *anti* mediana y pequeña explotación agropecuaria de las políticas gubernamentales.

Pero no sólo desaparecen las medianas y pequeñas explotaciones agropecuarias. Cabe destacar su impacto sobre la autonomía de los productores agropecuarios. Esta pérdida de autonomía incluye una creciente dependencia del productor de la provisión de insumos y semillas; y cada vez más, de la semilla transgénica, que a partir de 1996 fue difundida masivamente en el nivel de la producción sojera. Asimismo, existen algunas pocas grandes empresas semilleras transnacionales que no sólo proveen la semilla sino también el paquete tecnológico y los insumos que la acompañan, que el productor se ve obli-

gado a comprar. De tal modo, se produce la creciente dependencia del productor agropecuario no sólo respecto de la agroindustria y la provisión de insumos agroquímicos, sino también –y mucho más que antes– a las empresas proveedoras de semilla. Se trata posiblemente de un punto de inflexión en el desarrollo agropecuario de nuestro país y del mundo en general. Desde que se inventó la agricultura hace diez mil años el productor agropecuario se proveía a sí mismo de la semilla que requería para el año siguiente, esencial para garantizar la reproducción de su finca agraria y su identidad como productor. Ahora, en la medida en que depende de unas pocas empresas gigantes para la provisión de la semilla y del paquete tecnológico que la acompaña, va perdiendo esa capacidad y autonomía. El proceso comenzó con las semillas híbridas y continúa, en la actualidad, con los transgénicos.

No es de extrañar entonces algunas de las consecuencias de estos procesos que involucran una *agricultura sin agricultores*. También en Argentina encontramos pueblos desolados, el medio ambiente desarticulado, pobreza rural inusitada, y éxodo rural continuo. Todos estos elementos contribuyen al deterioro de las condiciones que sustentan la democratización. Aunque el proceso también contiene los movimientos a que hacemos referencia en los próximos acápite, los afectados suman millones.

Desde tiempo atrás, también en nuestro país se produce un fuerte proceso de mecanización, y la aplicación de agrotóxicos de todo tipo que acompaña el auge de la soja con su paquete tecnológico. Asimismo, en la década de los noventa se introduce la siembra directa, que se combina con la soja transgénica y la aplicación masiva del *glifosato*. La soja transgénica arrasa con todo, influye sobre el medio ambiente y contribuye sin igual a la exclusión social que afecta a vastos sectores de medianos y pequeños productores agropecuarios y trabajadores rurales. Vemos así que todos los elementos de una agricultura industrial se hallan presentes en nuestro medio, y van configurando este perfil de una *agricultura sin agricultores* que caracteriza a nuestro ámbito rural en la actualidad.

PROTESTAS E INICIATIVAS: CAMPO DE EXPERIMENTACIÓN

Las consecuencias sociales y culturales del modelo se desplegaron en los modos de producir los alimentos, la descomposición de la agricultura familiar, los arrinconamientos y desalojos campesinos; así como en el empobrecimiento de pueblos y pequeñas ciudades del interior

del país. Se registraron en todas las regiones del país, desde la rica región pampeana hasta el norte campesino. No obstante, como adelantamos en los primeros párrafos de este trabajo, con este proceso se desarrollaron otras acciones de las poblaciones. Algunas comenzaron y finalizaron dentro de la década, y otras perduran hasta el día de hoy. En tales acciones indagamos en su potencial democrático así como en las posibilidades de articulación con otras más consolidadas en el nivel nacional.

En los primeros años de la década, los chacareros (*farmers* en la bibliografía anglosajona), los campesinos y los jornaleros emprendieron dos tipos de acciones: trataron de adaptarse a las nuevas circunstancias económicas por medio de lo que en nuestros trabajos llamamos *estrategias sociales*. Dentro de ellas contabilizamos la pluriactividad, la multiocupación, las migraciones temporales y las formas asociativas para emprender etapas del proceso productivo o la compra de insumos con el fin de abaratar costos; y comenzaron a protestar y llevar a cabo todo tipo de acciones colectivas. Primero intentaron movilizar a los viejos gremios que representaban a los pequeños y medianos productores (Federación Agraria Argentina), y luego, claramente al margen de estos, buscaron nuevos modos de expresión, nuevas estéticas en las acciones; y fue cuando aparecieron nuevas demandas con sentidos más *universales*, es decir, elementos más democráticos.

ESTRATEGIAS DE ADAPTACIÓN

Como vimos en los apartados anteriores, el Censo Nacional Agropecuario de 2002 mostró que casi un cuarto de los productores agrarios perdieron en su intento de adaptarse al modelo que propagaban los técnicos de los organismos oficiales –nacionales e internacionales– y los comunicadores de los suplementos rurales de los principales diarios nacionales, entre otros dispositivos comunicacionales (Domínguez, Lapegna y Sabatino, 2003). Algunos tomaron créditos y perdieron las tierras; otros fueron convencidos de que eran inviables en sus *escalas de producción* y vendieron sus campos; y otros, sencillamente, los cedieron por una renta que les permitía vivir en algún poblado donde complementaban sus ingresos con trabajos informales o con empleos en educación o salud de las esposas.

Silvia Cloquell sostiene, para el sur de Santa Fe, que la desestructuración del sistema económico de las décadas pasadas, es decir los cierres de fábricas, frigoríficos, comercios en los pueblos del

interior de la provincia y la mudanza de los agricultores familiares que *cedieron* sus tierras a los grandes sojeros, modificó la semblanza de tales poblados. Dice Cloquell: “Hay distritos en los que la falta de trabajo local genera procesos de migraciones diurnas, donde los trabajadores se trasladan a localidades vecinas para desarrollar sus actividades laborales. Es, por ejemplo, el caso de Maciel hacia Puerto San Martín y Rosario, o los traslados desde Santa Teresa hacia Pavón para trabajar en una fábrica de hortalizas enlatadas. En los distritos crece el cuentapropismo y los pequeños comercios manejados por la familia” (Cloquell, 2003: 143).

Esta situación no sólo ocurre en provincias de la región pampeana, corazón de la producción sojera, sino también en el Norte del país. Las políticas públicas nacionales no se orientan a fijar a la población en zonas agrarias; y los agricultores, aunque lo sigan siendo, tratan de vivir en poblados para que el resto de la familia encuentre salidas laborales. Es el caso de Tucumán, donde desde los campesinos cañeros hasta los agricultores familiares capitalizados de la producción hortícola de Lules residen en poblados y pequeñas ciudades (Giarracca, 1998-1999; Giarracca et al., 2003).

Estas mudanzas les permiten desarrollar la estrategia de ocupaciones múltiples, donde las familias se convierten en verdaderas empresas que consiguen ingresos de los modos más diversos. En los siguientes cuadros podrá observarse la incidencia de la *pluriactividad familiar* en dos poblaciones estudiadas por nosotros: productores sojeros del Sur de Santa Fe (estudio en convenio con Silvia Cloquell) y los horticultores del departamento de Lules de la provincia de Tucumán.

CUADRO 1
TIPOLOGÍA DE EXPLOTACIONES HORTÍCOLAS DE LULES
Y CONDICIÓN DE ACTIVIDAD DE LAS FAMILIAS (EN PORCENTAJES)

Tipo de familia a cargo	Tipo de explotación			Total
	Medias capitalizadas	Campesinas medias	Campesinas puras	
Pluriactiva	57,1	83,3	53,1	56,5
No pluriactiva	42,9	16,7	46,9	43,5
Total	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Encuesta Grupo de Estudios Rurales (2001).

CUADRO 2
EXPLORACIONES SOJERAS DEL SUR DE SANTA FE
Y CONDICIÓN DE ACTIVIDAD DE LAS FAMILIAS (EN PORCENTAJES)

Tipo de familia a cargo	Hasta 200 ha	De 200-500 ha	Más de 500 ha	Total
Pluriactiva	68,2	75,0	70,0	70,0
No pluriactiva	31,8	25,0	30,0	30,0
Total	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Encuesta del Grupo de Estudios Rurales en convenio con la Universidad Nacional de Rosario (2001).

La *pluriactividad familiar* es una estrategia que permite comprender la permanencia de las explotaciones que para el modelo o la política oficial ya no tendrían que estar en producción. Para el caso de Lules (Cuadro 1) no constan los empresarios, pues consideramos la pluriactividad como un atributo de las familias (no de las empresas), y puede observarse que es un fenómeno mayoritario en todos los estratos. En el caso de Santa Fe, la pluriactividad medida en los grandes productores indica sobre todo diversificación de inversiones, en tanto ese fenómeno en los productores familiares muestra una clara estrategia de las familias y no sólo de la empresa agrícola. Viven en los pueblos o pequeñas ciudades y desarrollan todo tipo de actividades, desde trabajos formales en docencia o enfermería a cargo de las esposas, hasta comercios de ropa, venta de empanadas, etcétera.

Otras formas de adaptación muy frecuentes de los productores argentinos al modelo propuesto por el Estado y las grandes corporaciones, fueron los *pools de siembra*. Comenzaron por ser una modalidad de los pequeños y medianos productores para superar la escala de producción con que el aparato comunicacional insistía como una de las principales limitantes para permanecer en la producción, y terminaron siendo adoptados por los grandes.

Consiste en agrupar una serie de productores en distintas *formas asociativas* para comprar insumos en cantidades mayores y a mejores precios, contratar servicios de terceros para una superficie mayor que abaratará el servicio, etc. No obstante, con el tiempo, estas formas artesanales propias de los productores fueron adoptadas por los *fondos de inversión*, que incorporaron a una combinación de inversionistas privados, operadores técnicos experimentados en el manejo del negocio agropecuario y un *management* que incluía administradores, consultores, bancos auditores, etc. En este nuevo esquema de *fon-*

dos de inversión, los productores medianos y pequeños pasaron –simplemente– a ceder sus tierras.

En efecto, a diferencia de los *pools de siembra* donde participaban los pequeños y medianos productores, en los *fondos de inversión* la tierra se alquila justamente a estos productores, convirtiéndolos en pequeños rentistas que, mudados a las ciudades, buscan otros ingresos. Mientras tanto, estos poblados pierden las inversiones que antes hacían los agricultores locales, en tanto que los *fondos de inversión* actúan económicamente tanto en la provisión de insumos como en el nivel de transacciones bancarias en otros niveles territoriales.

En todos los casos se incrementó el uso de agroquímicos, pues el razonamiento se sustentaba en que el aumento de la escala de producción debía ir acompañado de una agricultura más intensiva y con programas tecnológicos definidos (como en el caso de la producción sojera de semilla transgénica).

Otra estrategia que se ha incrementado en el sector de los pequeños agricultores es la multiocupación del jefe, con desplazamientos territoriales. Muchos jefes de explotación buscan nuevos trabajos en los períodos de descanso, fuera de la región donde viven. Pueden ser dentro de la misma provincia en actividades de turismo y construcción o siguiendo circuitos de trabajos por varias provincias.

Estas estrategias, a nuestro entender, no modifican aspectos fundamentales de las relaciones sociales internas a la familia o externas con otros actores socioeconómicos. Son acciones sociales de tipo defensivo, intentando salvar patrimonios de todo tipo y, en la mayoría de los casos, sin mensurar las responsabilidades en las consecuencias que sus estrategias podían producir en el nivel del medio ambiente, en el de la salud, en el de las relaciones con los pares o con los trabajadores. Se adoptaron los paquetes tecnológicos con agroquímicos en cantidades a veces innecesarias, pues la relación *peso-dólar* permitió acceder sin grandes erogaciones relativas a estos insumos. El caso de la soja, con la siembra directa y el glifosato, ya fue analizado en los apartados anteriores, pero en otras producciones el aumento de agroquímicos fue muy notable.

La horticultura se expandió en todo el país sobre la base de producciones bajo cubierta, que requieren de mayor cantidad de fertilizantes. En 2002, después de la devaluación, los productores del Norte del país comenzaron a disminuir el uso de agroquímicos importados y tomaron conciencia de que en todos los años anteriores habían utilizado hasta un 50% más de lo necesario por indicaciones,

a veces, de los propios técnicos del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria. Esto ocurrió en zonas de horticultura, de producción tabacalera, y en todos los casos hubo consecuencias tanto en el medio ambiente como en la salud de las poblaciones⁵.

CAMPOS DE EXPERIMENTACIÓN DE DEMOCRACIA

Como decíamos anteriormente, junto con estas estrategias que desarrollaron las poblaciones agrarias para poder mantenerse en la producción, sin marcar alternativas a las propuestas del discurso económico hegemónico, se generaron acciones colectivas. Nuestros trabajos anteriores (Giarracca, 2001) demuestran el gran despliegue de acciones acaecidas en el interior del país. En efecto, se llevaron a cabo protestas, rebeliones de pueblos enteros, cortes de ruta, marchas con entregas de petitorios, etc. Los llevaron a cabo actores agrarios como los campesinos, los chacareros, los trabajadores; pero también se desplegaron en un territorio –la ruta al costado de un ingenio, por ejemplo– que congregaba a actores agrarios y desocupados, estatales, docentes, etc. Es decir, comenzó un período donde los sujetos de la protesta pudieron superar la reivindicación sectorial y conectar sus problemas con muchos otros que incluían a la mayoría de los argentinos.

Los proyectos productivos de pequeños productores y campesinos tienen larga data en el país; pero en los últimos años se vinculan con este nuevo espacio de conflictos y propuestas alternativas al modelo hegemónico. Estos proyectos, de algún modo, tratan de conectar el *oikos* (la economía de la gente) con la política; es decir, con las acciones que se proponen modificar la gramática del poder que construyen los actores económicos concentrados. Y, precisamente, en estos espacios es donde se pueden registrar novedades democráticas en relación tanto con el discurso hegemónico como con las viejas organizaciones gremiales.

Por un lado encontramos organizaciones que se originan básicamente por la defensa de los recursos naturales como la tierra y el agua. La tierra, para no perderla frente a la expansión de los grandes inversores sojeros, como fue el caso del Movimiento Campesino de Santiago del Estero. Para no perderla tampoco a favor de los bancos acreedores de créditos que llegaron a multiplicar sus sumas iniciales

5 El caso más dramático fue el de la provincia de Misiones, en la zona de producción tabacalera, con registro de nacimientos con malformaciones.

por 100, en dólares, en un par de años. Fue el caso del Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha. El agua, por el proceso de privatizaciones, llegó a precios que las poblaciones del interior no podían afrontar. Fue la lucha por el agua en la Provincia de Tucumán entre 1995 y 1998. Podemos sumar a estas organizaciones muchas otras como la Red Puna, Poiajú, Asociación de Pequeños Productores del Noroeste de Córdoba (APENOC), Unión de Pequeños Productores del Chaco (UNPEPROCH), Movimiento Campesino de Formosa (MOCAFOR), etcétera.

Para sustentar la hipótesis de que en estas organizaciones aparecen componentes novedosos que habilitan caracterizarlas como agentes de procesos democratizadores, tomamos algunas cuestiones ligadas a su surgimiento y desarrollo.

En primer lugar, todas ellas hacen su aparición pública como organización después de un proceso de acciones colectivas llevadas a cabo al margen de las viejas corporaciones gremiales. Aparecen, justamente, por carencias importantes de las antiguas organizaciones que se ligaron de varios modos a las políticas hegemónicas y que se mostraron incapaces de hacerse cargo de los problemas que surgían en las bases. Un dato muy ilustrativo en tal sentido es la conexión entre los partidos políticos y los antiguos gremios del campo: muchos diputados nacionales y provinciales salieron de sus filas, en estos veinte años, comprometiendo al gremio con tal o cual partido. La crisis de los partidos políticos arrastró a muchos de estos gremios, a quienes se les cuestiona la pretensión de representar *un campo* y una fuerte complicidad con las políticas neoliberales.

En segundo lugar, estas organizaciones tienen carácter político; sin embargo, a diferencia de las organizaciones corporativas del agro argentino, no proponen la representación del *campo*, o de *los productores*, entendidos como *uno*. No aspiran, como la Federación Agraria Argentina o las Confederaciones Rurales Argentinas, a representar los intereses del conjunto del campo frente al Estado⁶. Se ubican en los nuevos espacios de los movimientos sociales donde las representaciones son de carácter horizontal (aunque puedan surgir liderazgos). Es decir, a diferencia de la representación de tipo corporativo de las vie-

⁶ Schmitter considera el corporativismo como un sistema de representación de intereses y/o actitudes, un particular acuerdo institucional para vincular los intereses, organizados en asociaciones de la sociedad civil, con las estructuras de decisión del estado (1987: 3).

jas organizaciones agrarias, los nuevos grupos buscan representaciones plurales y no monopólicas. No abusan de la representación de *un campo* pues son concientes de que los problemas de los distintos sectores no son los mismos.

En tercer lugar, una diferencia muy importante con los viejos gremios recae en el tipo de reivindicación que instalan. Si bien hay una variedad de tipos de demandas, que van de lo estrictamente sectorial a muchas otras articuladas dentro de la sociedad, en general no piden *privilegios*. No son así las viejas corporaciones agropecuarias –como la Sociedad Rural Argentina, las Confederaciones Rurales Argentinas y muchas veces la Federación Agraria Argentina– que pararon el país agrario para lograr reivindicaciones tales como no pagar impuestos. Este es un claro reclamo de tipo corporativo que supone un mejor posicionamiento en el espacio social nacional en detrimento de muchos otros sectores.

Tal vez la demanda de carácter más sectorial durante los noventa fue la del Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha (MML) al tratar de renegociar sus deudas. Su reclamo era comprendido por el resto de la sociedad pues, como se demostró más tarde, muchos sectores medios estaban en situaciones semejantes dado el carácter especulativo que tuvo el sector financiero durante esta etapa del neoliberalismo. Las principales referentes del MML, además, se integraron a los partidos políticos, pero cuando esta estrategia fracasó (se fueron con una declaración pública), el movimiento estaba fragmentado y debilitado. Sin embargo, después de ocho años de fuerte exposición en el espacio público, muchas de las chacareras habían solucionado el problema del endeudamiento.

En cuarto lugar, son importantes los intentos de democratizar las organizaciones en el plano interno. Las corporaciones agrarias argentinas son verticalistas, con conducciones que pueden durar décadas (es el caso de la Federación Agraria Argentina) y están atravesadas por la cultura patriarcal. En efecto, las mujeres no han logrado cargos importantes de conducción gremial en las corporaciones a pesar de que más del 10% de los *jefes de explotación* y más de un tercio de la *mano de obra familiar* son mujeres. La cuestión de género, así como la cuestión ambiental, han ganado espacio en las nuevas organizaciones.

En síntesis, estas nuevas organizaciones presentan aspectos internos novedosos desde su origen, ya que nacen de acciones colectivas que se consolidan en estructuraciones precarias y transitorias, con

liderazgos igualmente transitorios que dan posibilidades a dirigencias menos consolidadas y rotativas. Otro elemento muy importante es la intención de darles a sus demandas un carácter universal y de tomar distancia de los tradicionales reclamos que separaban al mundo agrario de las luchas populares (supresión de impuestos, aumento de precio de los alimentos, etcétera).

Podemos mencionar, a modo de ejemplo, dentro de este primer grupo de organizaciones de tipo político-reivindicativo, a las de la zona Norte del país. El Movimiento Campesino de Formosa (MOCAFOR) lleva a cabo reuniones por colonia, forma parte de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, la Vivienda y el Hábitat de la Central de los Trabajadores Argentinos y de la Mesa Nacional de Organizaciones de Productores Familiares de Argentina. Actualmente está en lucha con inversores sojeros por casos de envenenamiento de animales y plantas debido a la fumigación con glifosato. Sus demandas se centran también en los derechos como ciudadanos y campesinos y en el cuidado de la salud y del medio ambiente.

La organización Unión de Pequeños Productores del Chaco (UNPEPROCH) generó una fuerte crítica a la política social agraria del gobierno del presidente Menem. Discutió, frente a los componentes autoritarios de los programas sociales, las estrategias diseñadas para ellos. Sostiene, en un documento interno de la organización, la necesidad de debatir la cuestión relativa al uso y forma de devolución de los créditos otorgados a los beneficiarios. Es decir, trata de introducir una mayor participación de estos últimos en la toma de decisiones, situación que los lineamientos de los programas no consideran.

El Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha (MML) surge en 1995 cuando se negaron a que sus campos hipotecados por absurdas deudas bancarias fueran rematados. Pararon más de 500 remates y lograron poner en la agenda pública el problema de los endeudamientos. Por primera vez las mujeres agrarias se organizaron y aparecieron en el espacio público con gran receptividad en los mundos sociales urbanos. Pudieron lograr una cobertura territorial más amplia que las organizaciones anteriores (Giarracca y Teubal, 2001).

El Movimiento Agrario Misionero (MAM) proviene del viejo movimiento de la década de 1970: las Ligas Agrarias. Se propone la defensa de los campesinos constantemente amenazados por los nuevos inversores, por la contaminación ambiental, etc. Forman parte de la Mesa Nacional de Organizaciones de Productores Familiares de Argentina (Goldberg, 1999).

La Asociación de Pequeños Productores del Norte de Córdoba (APENOC) hace su aparición en los noventa entre campesinos cordobeses con interesantes modos de organización. Y dejamos para el final al Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE) por ser uno de los más conocidos. Surge como parte de la lucha de los campesinos con propiedad veinteañal que ven amenazadas sus tierras por los nuevos inversionistas en conjunción con un régimen de gobierno y un poder judicial provinciales que, sin duda, son de los más corruptos del país. Forma parte de la Coordinación Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) y de Vía Campesina. Propone la soberanía alimentaria, se opone al nuevo modelo agrario basado en la soja y mantiene una interesante articulación con organizaciones de desocupados de origen urbano.

Pero además de generar nuevas organizaciones en el plano político-gremial, estos movimientos sociales emergentes han desarrollado diversas experiencias en el plano de la producción, distribución y consumo de alimentos. En lo referente a la producción y comercialización adoptaron la forma de cooperativas. El movimiento cooperativo en el campo argentino tiene una fuerte tradición; pero estas nuevas iniciativas tratan de no repetir algunos de los problemas registrados en otras épocas. Nuevos componentes, como un uso más frecuente de la asamblea, que permite tomar decisiones con el conjunto de los asociados, la participación de las mujeres, la formación permanente de los miembros para evitar que se delegue en los dirigentes, etc., son constantes en estas experiencias.

Por otro lado surgieron *ferias*, basadas muchas veces en viejas tradiciones provinciales. Tanto las ferias como las cooperativas están frecuentemente articuladas con un movimiento social que les dio origen. Esta articulación entre la economía y la política les permite generar una mayor autonomía y relacionarse de modo distinto con los programas del Estado.

Las cooperativas ligadas a la Red Puna y al MOCASE, así como las Ferias Francas ligadas al Movimiento Agrario Misionero, son los ejemplos más elocuentes de este tipo de experiencias.

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES A MODO DE CONCLUSIÓN

Retomamos en este apartado las ideas de la introducción de este trabajo, es decir, ¿de qué estamos hablando cuando hablamos de democracia o procesos de democratización? Como vimos a los largo de

estas páginas, el modelo agroindustrial y las posteriores políticas de corte neoliberal no son condiciones de posibilidad positivas para pensar procesos de democratización en los mundos agrarios y urbanos de Argentina, pero tampoco en cualquier otro lugar. Creemos que volver a las viejas ideas de Barrington Moore –que relacionaban concentración de tierra y centralización de capital con procesos de índole autoritarios en el nivel de los gobiernos– y repasar las de Vallianatos puede ayudar en estos momentos de la América Latina cuando los propios actores piden un modelo más democrático con base en el reparto de tierras y asignación de recursos.

Las transformaciones en el nivel de las producciones, la agroindustrialización creciente, la hegemonía de grandes empresas transnacionales o nacionales, la concentración de la tierra ligada a la centralización del capital, no son, a nuestro juicio, condiciones positivas para pensar las democracias más allá del concepto minimalista (ciertos procedimientos como votar cada tanto tiempo, por ejemplo). Circula un pensamiento que relaciona *economía de mercado* con el retiro de los estados nacionales; y como estos últimos, históricamente, desplegaron una carga de corporativismo (está bien claro en el caso de México), se considera tal *retiro* como positivo. Sin embargo, ni con estados corporativos ni con la hegemonía de empresas económicas o terratenientes, que desarrollan prácticas con una gran dosis de autoritarismo, hay democracia en un sentido profundo, que incluya la quereña por una posible igualdad.

Frente a los avances de las acciones colectivas y movimientos de los campesinos, en la Argentina de los noventa surgieron, por primera vez en su historia agraria, *guardias blancas*, civiles pagados por los nuevos inversores sojeros, que desalojan a tiros a los campesinos del MOCASE. El gobierno de Néstor Kirchner, después de muchos años de inacción gubernamental durante los gobiernos de Alfonsín, Menem, De la Rúa y Duhalde, decidió intervenir. El informe realizado por la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación muestra muy bien, por un lado, la relación de empobrecimiento de la población con la imposibilidad de acceder a los derechos; y por el otro, la manera en que la corrupción de los poderes del estado (en este caso provincial) imposibilita la ejecución de la única herramienta que las democracias formales ofrecen a sus ciudadanos: la justicia.

Dice el informe: “Si bien el derecho asiste a la gran mayoría de los campesinos, la Ley de Prescripción Veinteañal es muy compleja y requiere de carísimas mensuras, además de que el plazo de

posiciones es excesivamente largo y requiere de un sostenido, preciso y costoso asesoramiento legal que impide, tácitamente, el acceso a la justicia [...] Muchos de los campesinos tenedores de derechos son injustamente desalojados de sus legítimas posesiones por supuestos dueños y compradores”. Para finalizar, “la problemática de la tenencia y posesión de la tierra es una de las principales cuestiones de la agenda de derechos humanos santiagueña, ya que el proceso de avance indiscriminado de la frontera agrícola de las oleaginosas con eje en la soja, atenta no sólo contra los derechos reales de la posesión sino también contra el patrimonio ambiental de las comunidades campesinas” (Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos, 2004).

Este informe surge después de muchos años de resistencias del MOCASE y varios meses de acciones colectivas en toda la provincia por el esclarecimiento del asesinato de dos jóvenes, que los poderes provinciales pensaban ignorar debido al involucramiento de funcionarios. Movimiento que pide por justicia y al que se le sumaron los campesinos provinciales.

Estos procesos en el campo argentino, que integran a su vez los nuevos procesos de la sociedad en su conjunto, ocurren después de una de las crisis de legitimidad política más importantes de la historia (2001-2002), cuyas expresiones dejaron como saldo 48 muertos en pocos días y cuyos ecos aun están presentes en el país. Los procesos de democratización reales se obtienen de una relación, en tensión y en cuestión, entre los representantes y los representados, y no del mero mantenimiento de procedimientos formales de la democracia. Para que esa relación persista, para neutralizar los avances de los actores económico-políticos que condujeron a nuestros países a la situación actual, es necesario mantener estos campos de resistencias y experimentación con nuevos actores, nuevas estéticas, nuevas propuestas, que son los que les otorgan valor a las democracias formales y delegativas que prevalecen en América Latina. En síntesis, la democratización de los mundos rurales y agrarios es un proceso que se produce en el mismo registro que la de las sociedades en su conjunto.

BIBLIOGRAFÍA

- Arceo, Enrique 2003 *Argentina en la periferia próspera. Renta internacional, dominación oligárquica y modo de acumulación* (Buenos Aires: Universidad de Quilmes/FLACSO/IDEP).

- Backwell, Benjamin y Stefanoni, Pablo 2002 “El negocio del hambre en la Argentina. ¿Soja solidaria o *apartheid* alimentario?” en *Le Monde diplomatique* (Buenos Aires) febrero.
- Censo Nacional Agropecuario de 2002*, datos provisionales.
- Cloquell, Silvia 2003 “Estrategias de reproducción de la producción familiar. La problemática de la sustentabilidad de los recursos naturales en un área agrícola de la Región Pampeana”. Tesis doctoral, Universidad Nacional de Rosario.
- Domínguez, Diego y Sabatino, Pablo 2003 “Lo que la soja se llevó: transgénesis de un modelo” (Buenos Aires). Ponencia presentada a las III Jornadas de Agricultura y Agronomía, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires.
- Domínguez, Diego; Lapegna, Pablo y Sabatino, Pablo 2003 *Diagnóstico socioeconómico. Efectos de la agricultura industrial en un área de agricultura familiar* (Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires/Grupo de Estudios Rurales).
- Giarracca, Norma 1998-1999 “Transformaciones en la estructura social agraria cañera de Tucumán y las estrategias de los actores sociales” en *Población y Sociedad. Revista Regional de Estudios Sociales* (Tucumán).
- Giarracca, Norma (coord.) 2001 *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país* (Buenos Aires: Alianza).
- Giarracca, Norma et al. 2003 *Territorios y lugares. Entre las fincas y la ciudad. Lules en Tucumán* (Buenos Aires: La Colmena).
- Giarracca, Norma and Teubal, Miguel 2001 “Crisis and Agrarian protest in Argentina. The Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha in Argentina” in *Latin American Perspectives* (Riverside) Vol. 28, N° 6, november.
- Giberti, Horacio 2001 “Sector agropecuario. Oscuro panorama ¿y el futuro?” en *Realidad Económica* (Buenos Aires) N° 177, enero-febrero.
- Goldberg, Celeste 1999 “El Movimiento Agrario de Misiones en un escenario en transformación”, mimeo.
- Meiksins Wood, Ellen 1988 *Peasant-Citizen and Slave: The Foundations of Athenian Democracy* (Londres/Nueva York: Verso).
- Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos 2004 *Informe de Santiago del Estero*. En <www.jgm.gov.ar>.
- Moore, Barrington 1976 *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia* (Barcelona: Península).
- Obschatko, Edith de y Piñeiro, Martín 1986 *Agricultura pampeana: cambio tecnológico y sector privado* (Buenos Aires: CISEA).
- Pengue, Walter 2000 *Cultivos transgénicos ¿Hacia dónde vamos?* (Buenos Aires: Lugar Editorial).
- Schmitter, Philippe C. 1987 “El siglo del corporativismo” en *Cuadernos de sociología* (Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires).

- Sousa Santos, Boaventura de 2000 *A crítica da razão indolente* (São Paulo: Cortez).
- Strange, Marty 1988 *Family Farming. A New Economic Vision* (Lincoln, San Francisco: University of Nebraska Press/Institute for Food and Development Policy).
- Vallianatos, E. G. 2001 “All of Africa’s gods are weeping” in *Race and Class* (Sage Publications) Vol. 43, N° 1.
- Vallianatos, E. G. 2003 “American cataclysm” in *Race and Class* (Sage Publications) Vol. 44, N° 3.